

ERNESTO MONTENEGRO

MODERNISMO Y MISTICISMO EN
PEDRO ANTONIO GONZALEZ

I

CON ALGUNA razón ha llegado a convenirse en Chile que la obra poética de Pedro Antonio González está vinculada en nuestra tradición al despuntar del modernismo en la literatura nacional. Su verso rotundo y sonoro, la rima rica o rara y el ritmo novedoso para su tiempo, fueron relegando poco a poco al olvido a los rimadores convencionales del siglo pasado, a pesar de que el mismo González, con sus temas doctrinarios y racionalistas y el tono enfático de la mayor parte de sus versos, asume una actitud ajena a su naturaleza íntima, y, por lo tanto, cae también dentro del culto de lo convencional. Pero el impulso de renovación estaba en él, y sus aciertos revelan dones genuinos de poeta, que justifican el fallo intuitivo de su generación y de la que vino después. Hoy, a los sesenta años de la publicación en volumen de sus versos por el librero-editor Miranda, se puede apreciar mejor lo que realmente le debemos al autor de *Ritmos*.

En primer lugar, escribir poesía o novela tenía mucho de heroico y hasta de temerario en aquellos tiempos. Y escribir versos apartándose del diapasón anémico y monótono de la tradición, era encarar la censura de la gente letrada y la excomunióon de la sociedad, nada menos. Escribir versos inhabilitaba a un hombre pobre para obtener una ocupación remunerativa, y escribirlos en forma que se apartara de los cánones académicos, era echarse encima la hostilidad de la gente medianamente culta. Y que un provinciano sin antecedentes ni recursos se aventurase a innovar en el estilo tolerado y desafiar al mismo tiempo las convicciones o convenciones de la mayoría de las gentes, como lo hizo Pedro Antonio González, suponía una falta

de sentido de responsabilidad social o un estado de insatisfacción íntima, que arrastraba a un hombre ya no muy joven a un acto desesperado, cercano al suicidio.

Ese romanticismo revolucionario se había filtrado de Europa con la generación anterior, la de mediados del siglo. En los Gallo y los Matta se expresaba en rebelión contra los poderes que coartaban la libertad de pensamiento y el predominio del laicismo en la vida política de la nación. En otros más audaces o más lógicos, como Bilbao y Arcos, ese afán de renovación aspiraba de preferencia a una enmienda radical en las condiciones económicas de la sociedad chilena. Pedro Antonio González, más inclinado al pensamiento que a la acción, quiso fraguar un amalgama de racionalismo y poesía, que comenzara por renovar las formas de expresión para llevar armónicamente a la renovación de la política, de la educación y de la sociedad misma, en nombre de los principios de libertad individual, según los habían entendido otros grandes poetas, Shelley en Inglaterra y Schiller en Alemania, por ejemplo.

LA VOZ INTERIOR

Pero en Pedro Antonio González había como en tantos otros un conflicto íntimo, una disonancia no resuelta, y era la sugestión mística, ese anhelo de pureza contemplativa que atrae al ser más débil e irresoluto, invitándole a la renunciación del mundo, en busca de la perfección moral, o por lo menos a rendirle homenaje en otras criaturas humanas de más fina fibra y más recia voluntad. Así tenemos dos poetas en el mismo hombre, un González tribunicio y arrogante, que se declara campeón de la vida cívica sin cortapisas tradicionales y que apostrofa a los poderes de la reacción ultramontana, y el otro González que se gana oscuramente la vida enseñando gramática y literatura en un colegio confesional. El primero de ellos, el más notorio, arriesga la excomunión al celebrar a un apóstol de la enseñanza laica, Valentín Letelier, en versos resonantes, pura prosa rimada:

*Lo lei. Lo hallé audaz. Lo hallé soberbio.
La idea estalla. La palabra quema.
Es todo vibración. Es todo nervio.
Es doctrina. Es protesta. Es anatema.*

Esa, como sabemos de sobra, es una de las caras del temperamento romántico, la que mira a la rebelión y la protesta. La otra cara que se vuelve hacia el pasado y el ensueño, es la que esconde Pedro

Antonio González en la intimidad, cuando el hombre de imaginación inquieta y voluntad débil se reconcentra a encarar la mezquina realidad de su vida frente a un ideal de belleza contemplativa y pureza de intención. Entonces su aspiración romántica se identifica a medias con las visiones místicas, como en la poesía que comienza así:

*La pálida Trinitaria
turbada y trémula gira
en su celda solitaria,
a la luz crepuscularia
de la tarde que ya expira.*

O en las estrofas incoherentes de "El Monje", donde el deseo y la renunciación siguen cursos paralelos hasta confundirse con la muerte.

A esta divergencia de propósitos se debe que la mayor parte de la obra de González quede fragmentaria cada vez que emprende un poema de largo aliento. "Lord Byron", "El Proscrito", "El Toqui", "París y Roma", "La Razón y el Dogma", se quedan a medio camino, porque el ánimo se quebrantó por falta de alicientes, o porque las fuerzas le faltaron para un esfuerzo más sostenido. El motivo patriótico o doctrinario es como un estimulante artificial que le sostiene por momentos; pero luego su atención se desvía, y le sobrecoge el desaliento. En sus intentos innovadores, como ser en "Tripentálica", se le ve partir con vivos arrestos, con el arranque de los potros que hacen volar la *troika* por la estepa; pero el bagaj de pensamiento no tiene la necesaria consistencia para hacer un largo camino. Acaso sea porque la naturaleza íntima del poeta estaba mejor condicionada para la elegía y la confidencia lírica de tono familiar. Aparte de ciertos fragmentos de "El Proscrito", reconoceremos mejor su fisonomía íntima en las estrofas doloridas y confidenciales que llevan por simple título "Mi vela":

*Cerca de mi vela que apenas alumbra
la estancia desierta de mi buhardilla,
yo leo en el libro de mi alma sencilla
por entre la vaga y errante penumbra.*

*Despide mi vela la llama de un cirio,
a fin de que acaso con ella consagre
mi cáliz sin fondo de hiel y vinagre,
delante del ara de mi hondo martirio.*

*A mí no me queda ya nada de todo.
Mis viejos recuerdos son humo que sube,
formando en el éter la trágica nube
que marca la ruta de mi último exodo.*

*Al golpe del viento rechinan las trancas
detrás de las puertas de mi buhardilla,
y vierte mi vela —que apenas ya brilla—
goteras candentes de lágrimas blancas...*

II

El poeta nació en Coipué, una villa de la tierra maulina. Bajo la protección de su tío, que llegaría a superior general de la Orden Mercedaria en Chile, Pedro Antonio hizo estudios de segunda enseñanza y buscó un medio de ganarse la vida como profesor en colegios particulares. En el decenio del 80 llegó a Santiago con miras a participar en la vida literaria y artística de la capital. Hizo amistad con varios pintores, poetas y escritores, provincianos como él, que buscaban el estímulo de una vida intelectual más intensa como un medio de probar sus capacidades. Así llegaría a conocer a Antonio Bórquez Solar, a Francisco Contreras, Diego Dublé Urrutia y Marcial Cabrera Guerra. Pronto se le reconocerían sus dones de imaginación y expresión. Rubén Darío había traído con los versos y prosa de su "Azul" una ráfaga innovadora, que pronto fue valorada como el modernismo de factura francesa. Pero dentro de Chile se había anticipado a esas novedades exóticas un hombre de fina percepción mental y aguda sensibilidad, de nombre Eduardo de la Barra. De prorector del Instituto Nacional había pasado a dirigir el Liceo de Valparaíso. Con sólidos estudios científicos y humanísticos de propia iniciativa, se había trabado en polémica con algunos de los filólogos traídos de Alemania para la renovación de los estudios pedagógicos de segunda enseñanza. Su convicción era que en los estudios superiores de la lengua patria, y particularmente en los problemas de métrica, fonética y demás, los extranjeros debían andarse con cuidado, pues en poesía particularmente, los conocimientos teóricos abstractos no pueden superar a la sensibilidad del oído y del sentir de los hijos del país.

Con una extraordinaria capacidad intuitiva, don Eduardo de la Barra había remontado las fuentes del lenguaje hasta la Edad Media, y llegó a proponer una reconstitución de la página inicial del Poema del Cid, perdida de largo tiempo atrás. Pero sus hallazgos de valor

más positivo estaban en el ámbito de la métrica y en su investigación del endecasílabo dactílico, donde daba toda la medida de su conocimiento del latín. De acuerdo con la doctrina del maestro De la Barra, y de cuantos han venido a la siga, una lengua es patrimonio común de todos los pueblos que la hablan, y ha de plegarse a las modalidades y necesidades de una época y de un país. "El grave y majestuoso castellano, escribe, tendrá que dejar su capa de amplios pliegues para entregarse a la actividad de la vida actual. Por lo que hace a nosotros (los americanos, los chilenos), que vivimos en íntimo contacto con la Francia, usando sus modas, estudiando sus libros, siguiendo la marcha de su política, e imitándola hasta en sus vicios, natural es que nos resintamos de su influencia a nuestra manera de pensar y de decir. Mientras más prolongamos nuestra unión intelectual con la Francia más también se notará la transformación que fatalmente sufrirá nuestro lenguaje, a pesar de las almas caritativas empeñadas en limpiarlo y darle esplendor, como don Quijote a su yelmo de Mambrino; también en fijarlo, como si tal fijeza admitiera lo que es de suyo variable y crecedero".

Este segundo grito de independencia, esta vez signo de *ir* alcanzando la mayoría, debió oírlo Pedro Antonio González muy claramente, puesto que le afectaba por partida doble, como poeta y como maestro de castellano. El debió sentir su afinidad espiritual e intelectual con un hombre como De la Barra, que en política como en problemas de cultura, estaba también en estrecha simpatía con los elementos de renovación de nuestra sociedad de fin de siglo.

Tres cuartos de siglo más tarde oiremos aquí mismo otra voz que también será como un eco de aquel toque de diana que diera Emerson en su ensayo "The American Scholar", esta vez aplicado por nuestro contemporáneo Hernán del Solar a la poesía americana continental:

"Un hecho nos detiene en el umbral de la poesía americana de este siglo: la actitud insumisa de los poetas. Ya no es el tiempo de cantar lo que otros han cantado. Envejeció la voz que repetía lo aprendido, y desafinó la guitarra imitadora. Había que buscar un nuevo canto para que renaciera la poesía. Esta insatisfacción iba extendiéndose por América y su destino era inevitable: poner en la boca indígena ya independiente un lenguaje distinto, que España adoptaría después".

Esta fue la hazaña que llevó a cabo como sin saberlo un nativo de América, rebautizado con dos nombres de estirpe milenaria: Rubén Darío. Su palabra mágica hizo que la corriente cultural que por varios siglos había fecundado nuestra América desde las playas ibéricas,

remontara su curso esta vez de Occidente a Oriente, vivificando las viejas palabras del idioma común con un nuevo acento, que debió sonar en los viejos oídos castellanos con un brío juvenil.

Poco importa al fin de cuentas que Pedro Antonio González se adelantara o no a la racha innovadora de Darío, o que éste hubiese servido de emisario a Verlaine. Lo más importante no es el origen de la herramienta con que se trabaja, sino lo que se logre hacer con ella. Pedro Antonio González vio que las formas desgastadas de la poesía chilena y americana ya no respondían a una emoción espontánea del poeta actual y viviente. Se puso pues a la obra con todos sus sentidos y ayudado por todas las potencias que germinaban en él. Otros artistas de la palabra en parecidas circunstancias se desvelaban por esos días en cada rincón del continente. Díaz Mirón, en México, intentó refinar su expresión desbordada en sus "Lascas", Julián del Casal en Cuba buscaba por su lado; en Colombia, José Asunción Silva y Guillermo Valencia, trabajaban su verso con esmero de artífices, y en el Perú, en Argentina y Uruguay, poetas combativos como Lugones, dejaban de lado el clarín épico para afinar las cuerdas de su instrumento a un son de matices más sutiles y más variado colorido.

"El Monje" es tal vez el poema de Pedro Antonio González que ha tenido mayor acogida, aun cuando veamos en "El Proscrito" una expresión más fiel de su temperamento y como la versión simbólica de su propia existencia. Porque en la época en que vivió González el poeta, todo parecía conspirar contra una vocación literaria que estuviera orientada a una severa expresión artística. Pedro Nolasco Préndez y Ricardo Fernández Montalva, cerraban el período de los vates románticos de tono mundano o elegíaco. Dublé era acaso el único brote promisor, al publicar su pequeño volumen "Veinte Años". Bórquez padecía de cierta afectación en el lenguaje, que apenas debía abandonar temporalmente en sus décimas de "La Huelga"; Contreras carecía del vigor indispensable para nadar contra la corriente, y V. D. Silva, pecaba más bien por el exceso verbal y la tendencia declamatoria.

Por encima de toda esa orquestación marcial de la poesía "doctrinaria", de Pedro Antonio González, hay como el rumor de un sollozo ahogado, una confesión de derrota y de resignación. Ser poeta o novelista por esos años (he de repetirlo), era algo temerario, casi una locura. Los libros de versos no se vendían entonces; las letras no eran una vocación regular, sino un pasatiempo de gente docta y con otros títulos a la consideración social. Pero había que escribir "como todo el mundo", en lenguaje llano y por lo tanto convencional. Luego, un hombre sin fortuna y sin hogar, estaba expuesto a la tentación de

buscar compañía en sitios poco respetables, y sucumbir más bien temprano que tarde al "nepente" de la botella, que ya había arruinado a tanto hombre de genio como Poe. Igual que éste, nuestro poeta sentía el impulso de buscar compañía cuando se sentía animado por el licor, y de tal manera dejaba en los demás la convicción de que ése sería su estado habitual, puesto que en sus horas de sobriedad y laboriosidad era precisamente cuando se encerraba a cumplir su tarea.

De haber vivido en estos tiempos, es probable que la obra de Pedro Antonio González fuese mejor apreciada, y su fama hubiera trascendido más allá de las fronteras. Pero ésta es una suposición vana, en buena cuenta, puesto que hay un contrasentido en suponer a un hombre fuera de su elemento nativo. Por lo tanto, es más razonable celebrar a nuestro primer poeta como un precursor, si no en la línea individualista de la poesía actual, por lo menos como un ejemplo de dignidad artística, de moralidad artística, en el sentido que ha de darse a la obra de un hombre que permanece fiel a su propia naturaleza, sin concesiones venales.

Sus últimos versos son fiel resumen de su vida:

*Siento que mi pupila ya se apaga
bajo una sombra misteriosa y vaga.
Parece que mi espíritu sintiera
las recónditas voces de otra esfera.
No sé quién de otro mundo al fin me llama,
de este mundo que no amo y que no me ama.*

Pedro Antonio González murió en el hospital de San Vicente el 3 de octubre de 1903.